

AE  
& I

# Nos acompañan los muertos

Autores Españoles e Iberoamericanos



Rafael Pérez Gay



Nos acompañan los muertos

 Planeta

Diseño de la portada: Roxana Ruiz / Diego Álvarez  
Fotografía del autor: Fernanda Pérez Gay Juárez

© 2009, Rafael Pérez Gay

Derechos reservados

© 2009, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso  
Colonia Chapultepec Morales  
C.P. 11570 México, D. F.  
[www.editorialplaneta.com.mx](http://www.editorialplaneta.com.mx)

Primera edición: septiembre de 2009  
ISBN: 978-607-07-0242-6

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.  
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, México, D.F.  
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

*Para Delia*



TODOS HACEMOS LO CONTRARIO de lo que alguna vez quisimos. Ésta es la clave del destino y al mismo tiempo una ley de la historia. Lo digo rápido: acaban de leer un aforismo de Cioran, la marca de mis días y el emblema extraño del presente y el pasado de México. Lo que deseé con el corazón se incumplió en alguno de sus opuestos; lo que quise profundamente con el arma de las razones se consumó en su reverso irracional, aquello en lo que creí a pie juntillas se desvaneció en el aire.

Me rendí ante las verdades de esa máxima mientras escribía mi artículo semanal para el periódico y dejaba que una pastilla de seropram pasara por mi garganta. Puse mis baterías en un texto sobre el agua en la Ciudad de México, nuestra maldición desde que los mexicas fundaron su imperio en un islote y los españoles, después de una conquista a sangre y fuego, quisieron desecar los lagos que rodeaban Tenochtitlán. Traer el agua y sacarla de la cuenca del Valle de México fue un calvario. Lo sigue siendo. El seropram es un antidepresivo indicado en el tratamiento de trastornos obsesivos y de pánico. El citalopram que contiene este óvalo diminuto es uno de los inhibidores que pueden encontrarse en el mercado para la recaptura de la serotonina, un neurotransmisor que participa en el sueño, el estado de ánimo, la percepción del dolor físico. Hay que tomarla durante seis meses.

Voy en el segundo. Que nadie se alarme, no escribo estas líneas tendido en la cama y postrado por el pánico. La pastilla matiza la ansiedad, mi enemiga de muerte. En mi nota de esa semana escribí:

En la Ciudad de México el alba del siglo XXI trae vientos del siglo XV. Lo nuevo y lo viejo fundido en un mundo raro. ¿A quién se le ocurre fundar una ciudad en un islote rodeado de lagos en una cuenca sin salida natural? A los aztecas. Los mexicas y sus chinampas no me parecen geniales. Más bien hablamos de unos atolondrados que constituyeron una civilización lacustre. Quizá los lagos Xochimilco, Chalco, Tezcoco, Xaltocan y Zumpango fueran un paraíso edénico surcado por bandadas de patos y garzas, pero representaban una amenaza permanente entre un sistema de ríos y acequias cuya ambición era el desbordamiento. Las chinampas se anegaban cada vez que caía un chubasco y cuando los volcanes de la era terciaria vertían agua sobre la olla en la que fundaron su ciudad. La catástrofe hidráulica ha sido el verdadero patrimonio de la Ciudad de México. La amenaza del agua volvía locos a los tlatoanis; en 1466, Moctezuma Ilhuicamina le ordenó a un poeta, Netzahualcóyotl, que dirigiera nuestra primera obra hidráulica: la construcción de un muro de 16 kilómetros en Texcoco. Fue inútil. Si sacar el agua de la ciudad era un calvario, traerla significaba un problema colosal. En 1499, Ahuízotl decidió traer agua del puerto de Coyoacán. Para realizar su obra magna, el tlatoani asesinó a Tzotzoma, que se negaba a compartir el agua. Antes de morir, el cacique les profetizó a los aztecas enormes calamidades. Días después de la inauguración del acueducto, el agua destruyó la ciudad y tuvieron que construir una nueva ciudad sobre la ciénaga. A esto, los historiadores le llaman ciudad lacustre. La obra hidráulica no era el fuerte de los tlatoanis.

Si los mexicas eran imprudentes, los conquistadores fueron unos necios. Ante el azote de las inundaciones en

Nueva España, en 1607 las autoridades decidieron consultar a un cosmógrafo alemán: Heinrich Martin, quien propuso abrir un canal que llevara el agua por Nochistongo y Huehuetoca, una parte al aire libre, otra cerrada. Se trata del primer desagüe de la ciudad. Los aguaceros de junio de 1629 traspasaron los diques. La inundación duró cinco años, un desastre acuático de epidemias y éxodo. Los frailes y las monjas abandonaron los conventos, las familias emigraron a Puebla. En algún momento se supo que Enrico Martínez, nombre hispanizado del cosmógrafo, cerró el canal para que la fuerza indomable de las aguas no destruyera la obra de su vida. El virrey Cerralvo propuso trasladar la ciudad a Puebla, pero las ciudades no se mudan como se mudan de casa las familias. Yreconstruyeron en el mismo lugar en el que ahora vivimos los capitalinos del Distrito Federal. La verdad es que tardamos un poco en la construcción del canal del desagüe: casi trescientos años desde que el cosmógrafo desdichado inició las obras en Nochistongo. En 1900, Porfirio Díaz inauguró el Gran Canal del Desagüe, pero el agua nos persigue aún como una maldición. El día del estreno, por cierto, el siglo XX subió el telón con un chubasco que inundó la ciudad.

Tiempo después supe que había escrito un presagio de mi vida.

No sé si ya he dicho que desconfío del periodismo, de sus fulgores cotidianos condenados a la vejez repentina. En la prensa el ayer nunca ha ocurrido, el mundo se desliza en un presente perpetuo. En la Ciudad de México circulan más de veinticinco periódicos, una mente modesta o un corrupto de siete suelas puede fincar si le da la gana un espacio propio en esa provincia de papel y tinta fresca, desarrollar en sus estibaciones un estilo o utilizar su geografía para el chantaje. Como sea, quienes creímos en el poder de la letra impresa estamos perdidos; los nuevos periodistas le han vendido el alma al diablo de la imagen. Su

misión es demostrar que lo que no puede expresarse con muchas imágenes y poco texto, no vale la pena que conozca la luz de la publicación. Esas piezas semanales y alimenticias que escribo los martes apoyan mis finanzas menguantes, pero lo mío son las novelas largas. Me interesan las catedrales, desprecio las minucias. Por esta idea ancla atraqué durante años en una investigación sin fin sobre el siglo XIX mexicano con el deseo de edificar una novela. La catedral inacabada está en ruinas. Si miro hacia atrás todo estaba en ruinas, una prueba de ello es que desde entonces caminaba sin saberlo sobre los escombros de mis padres. De ellos quiero hablar en este informe.

Las ruinas y un viaje. Estas dos ideas se sublevaron en mi mente y tomaron el mando de las ilusiones durante el tiempo en que México se deshacía como una pastilla efervescente en medio vaso de agua. Campañas presidenciales, elecciones, incordios, mendacidades, traiciones y mis padres viejos. De eso trató mi vida y la realidad mexicana en ese año de mierda. Alguien inventó que los viajes sirven para descansar cuando en realidad son agotadores y todo lo que se aprende en ellos se olvida en un mes. Hago muchas cosas que no sirven para nada y me engaño pensando que me traerán grandes utilidades. Nadie puede vivir sin engañarse. En esos días yo me engañé planeando un viaje a Europa como si quisiera borrar la idea de México y alejarme de la decadencia de mis padres. Ocurrió al revés: me los llevé conmigo. Día y noche los viejos me hablaban en voz baja, aparecían en mis sueños y me decían que sus ochenta y nueve ruinosos años eran, más que mi pasado, mi futuro.

El escritor Rubem Fonseca observó que viajar es conocer idiotas que hablan otras lenguas. En casa diseñamos un mapa de grandes esperanzas que incluía París, Roma, Florencia y Venecia. Dicen que en la Red todo se arregla

fácil. Mentira. En Internet sólo encontramos contrariedades europeas, soberbias francesas, mentiras italianas, idiotas que hablan otros idiomas. El viaje parecía imposible hasta que hablamos con un empleado de la agencia Bojórquez; no acabamos nunca de aprender que de lo más sencillo se desprende lo más estructurado. Pagamos cantidades de dinero superiores a nuestras posibilidades en aviones y trenes. Increíble, las cosas que hace uno para alcanzar deseos inútiles. Al fin decidimos los cuartos de hotel en donde nos hospedaríamos mi mujer, mis hijos, y mis padres, los que traía conmigo entre mis efectos personales, como la infancia, la escuela, el primer miedo, la última duda. Nada más personal que estos efectos cuya causa son los padres.

Los viejos acercan el pasado remoto y lo dejan arder en el presente ante sus ojos nublados. La antigüedad es un incendio. Atizamos ese fuego la tarde en que fuimos a despedirnos de mis padres. Hablamos de su historia. Se emocionaron conversando de personas y cosas que desaparecieron sesenta años atrás como si estuvieran de cuerpo presente. Aunque yo no los podía ver, entre nosotros estaban sus amores, sus cinco hijos en la infancia, sus padres jóvenes, sus enemigos, sus abuelos, el largo río de sus vidas. En esas horas de plática me convencí de que nunca estamos solos, nos acompañan los muertos y no pocas veces nos atormentan desde sus tumbas. Sobre las mesas rinconeras de la sala había pruebas documentales de esas voces del pasado en las fotografías de los abuelos, de mi padre niño, de mi madre joven, seres desaparecidos, borrados por el paso del tiempo. Es un error pensar que sólo hablamos con las personas que están frente a nosotros, nos dirigimos a los desaparecidos, a hombres y mujeres que pasaron por este mundo. Aún tenemos preguntas que hacerles, reproches que echarles en la cara, frases de

amor que no nos atrevimos a pronunciar. Bebimos whisky mi padre y yo, oportó mi madre y mi mujer. Llevábamos tiempo dedicados a los secretos del whisky. En el tercer trago de Glenfiddich me dijo con toda la autoridad de sus años:

—Fíjate bien: los *blended scotch* combinan whiskys de malta con otros granos. Los de malta única proceden de un solo grano. Hay que beber de esa malta —dijo mientras miraba el mundo a través del vaso *old fashioned* con dos hielos y tres dedos de *single malt*—. Y sobre todo, olvidar esos floreros rebosados que inventaron en Estados Unidos con el nombre horrendo de jaibol.

Mi padre y mi madre se trenzaron en una discusión sobre el año en que abandonaron una casa de la que fueron dueños hace más de medio siglo, una de las casas fundadoras de la colonia Condesa en una de las calles del perímetro del Parque España:

—Tienes los tiempos perdidos —le dijo mi padre.

Quería decir que mi madre trastocaba las fechas, pero a mí me pareció la fórmula correcta para su edad: los tiempos perdidos. Alcanzaron los ochenta y ocho con una salud de hierro forjado, pero avanzaban a ciegas por el túnel de la ancianidad. Digo a ciegas sin interés figurativo: a mi madre le apareció una maculopatía en el ojo derecho cuando cumplió ochenta y cuatro, la mitad de su visión consistía en un mundo irremediable de manchas, la mácula es un lugar de la retina en donde se forma la parte más nítida de los objetos. La realidad es una sucesión turbia de imágenes, pero la mirada las arregla para que parezcan transparentes. Mi padre perdió un ojo por desprendimiento de retina a los ochenta y dos en una desafortunada operación de cataratas. No entiendo a los médicos; el oftalmólogo afirmó que a esa edad la presión ocular sube hasta límites peligrosos, así le fastidió la vista.

Nunca nos explicó por qué entonces sugirió una intervención para cambiar el cristalino. En esos días supe que ante todo, la salud es el olvido del cuerpo.

Durante sesenta y cinco años formaron una pareja de tempestades, les nacieron cinco hijos y vieron crecer un árbol centenario que ha sobrevivido a las devastaciones del tiempo. No he dicho que a la historia de la familia la contiene un árbol, un ahuehuate. Cuando ellos sean un recuerdo lejano, ese tronco de altas frondas seguirá en el mismo lugar. Esa tarde sentí la vejez de mis padres enredada en mi destino cuando mi madre, que llevaba media vida sin creer en Dios, me trazó en la frente y el pecho una señal de la Santa Cruz y mi padre habló como sólo puede hacerlo un anciano perdido en el mundo de los vivos:

—No sé qué hacemos todavía en este barrio. Mírame bien porque me voy.

—¿A dónde vas? —desvié el sentido de la frase.

—A descansar —propuso mirándome a los ojos.

—Nos vemos en dos meses —le dije con la certidumbre imprudente que da la juventud a las cosas del porvenir.

—Para un viejo, dos meses son dos años.

No se lo dije a nadie, pero cumplí su pedido y lo miré. Le temblaba incontrolado el labio inferior, detrás de los gruesos lentes el único ojo activo buscaba una salida del laberinto donde lo había metido su larga existencia. No quedaba nada del hombre alto, fuerte y sano que se comió a puños el polvo de la vida. Y con todo, se había consumido con honor. Debajo de la visera de su inseparable gorra española, la nariz aguileña le daba un rasgo de pájaro humano entre los surcos profundos de la piel. De pie, apoyado en un bastón, me recordó a un judío. Sé que suena raro, la memoria propone a veces caprichos inexplicables: por esta extravagancia su rostro me trajo

los rasgos de un raro Ben Gurión agotado después de declarar la independencia de Israel.

Nadie puede vivir sin atarse a alguien o algo. Quien diga lo contrario miente. Soy especialista en ataduras. Me até a mi madre desde niño y a mi padre cuando me dijeron que yo era su vivo retrato. Esa tarde los vi caminar arrastrando los pies, extraviados en una página del periódico, en busca de mi artículo, con una lupa en la mano, olvidando hechos que pasaron una semana atrás y recordando con exactitud atormentada anécdotas ocurridas cincuenta años antes de la tarde en que les dijimos adiós y les prometimos volver en dos meses. Por primera vez fue claro para mí que mis padres habían iniciado el descenso a las sombras y se adentraban en la niebla, rumbo a la nada. Cuando hacía frío, a mi madre le dolía la espalda —un cinturón apretado, me decía—, y a mi padre los huesos pélvicos, secuela de las cinco fisuras en los iliacos que le ocasionó una caída a los ochenta. Al salir de su casa, detrás de la ventana vi dos sombras sin sosiego tocadas por el aire predador del tiempo.

PARÍS NO ME CURÓ DE MIS PADRES. Nos hospedamos en el hotel *Grands Hommes*, en la Place du Panthéon, el mausoleo más grande de París al que se llega subiendo la cuesta desde el Jardin du Luxembourg. En la puerta del hotel una placa dice en letras negras: «Aquí Breton y Soupault descubrieron la escritura automática en el año de 1920 y escribieron *Los campos magnéticos*». De ser así, la verdad es que no descubrieron nada. No estaba de humor para las charlatanerías surrealistas, cómo creer en alguien que cuando se va dormir dice: voy a trabajar. Cretinos.

El verano era una parrilla de cuarenta y tres grados centígrados, París ardía y sus viejos se morían deshidra-

tados, en el abandono. Los noticieros informaron del anciano número cien muerto a causa de la canícula. Los franceses han desamparado a sus viejos, pensé mientras un camión de bomberos apoyaba una escalera telescópica en la ventana de un departamento, en el tercer piso de un edificio de la rue Pascal, en el *cinquième arrondissement*, para sacar de ahí el cadáver descompuesto de un viejo perdido entre las sombras de su edad. Bien visto yo también abandonaba a mis viejos. Todos alguna vez los hemos dejado atrás, en el camino empedrado de sus pasos cortos. Imposible traerlos de su mundo de dolores y medicinas, recuerdos ancestrales y manías desesperantes; nadie puede recuperarlos de la decadencia y los adioses; los huesos se pulverizan, el oído se pierde, la vista se nubla, la carne cae.

Una mañana atravesé la plaza bajo un sol que rajaba piedras y entré al mausoleo del Panthéon para mitigar los calores en la frescura sórdida del mármol. Caminé por los pasajes de las catacumbas de lo que un día fue la iglesia de Sainte Geneviève. Bajé las escaleras y entré en la recámara donde reposan los restos de Alexandre Dumas, Émile Zola y Victor Hugo. Las tumbas prestigiosas suelen ser mentiras de piedra. La verdad, Zola era un advenedizo eterno en esa habitación. Todos los naturalistas se sentían anatomistas, seguidores de la verdad; la búsqueda de la verdad es enemiga de la literatura. Ahí estaban los huesos de Hugo, el escritor que se adueñó del siglo XIX francés entre otras razones porque alcanzó la alta vejez. Nadie se le escapó, ni Balzac, él llevó las cintas del féretro del autor de *La comedia humana*. Al final de su vida, el abuelo de Francia acabó persiguiendo a las sirvientas, escapándose de noche en busca de una aventura que lo hiciera olvidar la decadencia del cuerpo. Victor Hugo murió el 22 de mayo de 1885 sin comprender qué hacía tan

lejos de su juventud, consumiéndose de una congestión pulmonar durante siete días de agonía en una cama de la vieja casa de la rue de La Rochefoucauld. Tenía ochenta y tres años, su obra y su fama secuestraron un siglo con su desmesura pública y los huracanes de su vida privada. En su lecho de muerte, Hugo juraba que había tenido conversaciones espíritas con Sócrates, Cristo, Shakespeare y Byron. Nadie supo de qué habló con estos personajes. Victor Hugo ya era un loco que se creía Victor Hugo y se hablaba de tú con la eternidad.

En el *Diario* que escribió a solas, cuando había muerto su hermano Jules, Edmond de Goncourt contó que unos minutos después de la muerte de Hugo, Zola le dijo en voz baja: «Creí que nos enterraría a todos; de verdad, llegué a pensar que el viejo nos enterraría a todos, uno tras otro». Goncourt terminó así la anotación del día: «Zola se paseó por la casa aliviado por esa muerte, como si estuviera llamado a ser el heredero de ese papado literario». Algunas muertes alivian. Edmond escribió esto en la misma entrada del *Diario*: «Tengo sesenta años y esta noche una mujer no muy joven pero muy hermosa me ha dicho adiós. En el fondo temo que le haya dicho adiós a mi casa, a mi jardín, a mi vida». Los Goncourt gastaron litros y litros de tinta en tres mil novecientas páginas de una obra monumental llamada *Journal*, un diario que contiene chismes, envidias, malestares culturales y no pocas verdades fulminantes: ciertamente, la vejez es esa forma terrible de decirle adiós a la casa, al jardín y a la vida. Al salir de las catacumbas del Panthéon, las estatuas de Rousseau y Voltaire, frente a frente, despiden a los turistas. Los enemigos acérrimos compartirán el mismo lugar hasta el fin de los tiempos. Eso pasa cuando se proponen en vida odios que al final la muerte y los vivos se encargarán de borrar con la tinta sucia de la posteridad.

Todos los días caminábamos por el Boulevard Saint Michel rumbo a Saint Germain. Uno elabora costumbres inmediatas, como el óxido en el hierro, sin esas reiteraciones la vida es bruma. Mis hijos y mi mujer siempre querían compras y museos; yo, un trago. Los dejé ir a ver caravaggios y me senté en una mesa del Café de Flore. Pedí un Glenfiddich, *double*. Tiempo atrás había abandonado los *blended*, a veces hay que seguir el consejo de los viejos. Dejé también el vaso largo, el florero de los jaibolles a que se refería mi padre. En Francia un whisky doble llena un vaso *old fashioned*, en Italia te dan una miseria. Cuando terminé con el primer trago me sentí débil y melancólico. Así debieron sentirse los primeros bebedores de las maltas de cebada y avena en la Escocia del siglo XII, cuando asistieron al prodigio de la transformación milagrosa de la cebada en agua de vida. Ordené el segundo cañonazo de *single malt*.

Junto a mi mesa, un anciano fumaba frente a una taza de café mientras leía *Le Monde*. Se acercaba el diario a los lentes detrás de una cortina de humo para enterarse de las víctimas de la onda calurosa que agobiaba París. Pensé que buscaba su nombre para saber si estaba muerto. No sé dónde leí que en un mundo más estricto todos seríamos fantasmas. De un tiempo a esta parte olvido nombres y pierdo las cosas. Aun en espacios pequeños los objetos se me esconden. Me la paso persiguiendo lentes, llaves, encendedores y libros porque los pierdo luego de movimientos inconscientes. No vamos a hablar de las oscuridades del Ello ni de las recámaras impredecibles de la mente, pero siempre termino en búsquedas encarnizadas entre las cobijas, debajo de los cojines, de los sillones, en el buró. No encontré mi encendedor y le pedí el suyo al viejo. Me lo dio sin quitar la vista cansada del diario. Los parisinos son odiosos, por eso les han robado su ciu-

dad, su enorme museo urbano les pertenece ahora a los árabes, a los negros africanos, a los turcos, a los jóvenes migrantes que les prenden fuego a sus barrios. Vi sobre la mesa un paquete de cigarros Gitanes.

Las historias de familia se ocultan entre los nombres de algunas cosas del pasado. Quien ilumine con la memoria esas voces antiguas descubrirá los secretos de su vida. Abrí esa puerta cuando vi los Gitanes sin filtro del viejo y recordé los cigarros Casinos que mi madre fumó durante más de cuarenta años, antes de mudarse al mundo suave y sin esperanza de los cigarrillos *light*. El paquete amarillo ostentaba en el centro un rectángulo color café con letras impresas en marrón. En ese mundo, los publicistas anunciaban los Casinos como «el cigarro de los deportistas». Costaban sesenta centavos, un poco más que los cigarrillos duros como los Delicados sin filtro, los Alas, los Faritos. Nunca supe qué parte de gusto legítimo o de aprietos financieros había en la elección de mi madre por el tabaco oscuro. Cumplí durante años este rito frente al mostrador del estanco: tres huevos, un cuarto de aceite, unas galletas Pilla y unos Casinos. Desde entonces, para mí fumar era estar cerca de mi madre. Les recuerdo que estamos hechos de pequeños ritos ordinarios. Ella fumaba diez cigarros al día, o menos, ni uno más. Una noche conté quince colillas sin filtro en un cenicero, todas con una marca roja de bilé. Al día siguiente mi madre, dura como un coyol para las lágrimas, lloraba mientras se llevaba a la boca un Casino.

Muchos años después recordé ese día triste leyendo este pasaje de un texto de Julio Cortázar: «Cada memoria enamorada guarda sus magdalenas y la mía —sábelo, ahí donde estés— es el perfume del tabaco rubio que me devuelve a tu más espigada noche, a la ráfaga de tu más profunda piel. No el tabaco que se aspira, el humo que

tapiza la garganta, sino esa vaga, equívoca fragancia que deja la pipa en los dedos». Siempre Cortázar, aunque no venga al caso. Su influencia despeñó a toda una generación, la mía por ejemplo, en la admiración incondicional. No sabíamos entonces que nada se entrega sin reservas. Algo de esa vaga, equívoca fragancia quedó en las marcas más antiguas de cigarrillos de que tengo memoria: Bali, Principales, Impala. Estos nombres me recuerdan a mi enemigo Hernández, que fumaba Bali. Fumé con él un cigarrillo de la paz que me incendió la garganta y me produjo una tos de foca herida. Los Bali se esfumaron como Hernández y yo inicié mi carrera de fumador obsesivo.

En el buró de mi padre había cinco objetos que contaban diversas historias: una cartera negra de piel, una agenda azul, un cilindro azul de pastillas de menta Usher, un manojó de llaves y unos cigarros Pall Mall. Ahí estaba cada noche el relato del dinero, el aliento de menta, los sueños de mi padre puestos por escrito en su agenda y las llaves del reino. Muchos años después conversé con él de ese tiempo. En algún momento de la plática abrió un cajón y extrajo todas las agendas de su vida, desde el año de 1945 hasta la de 2006. Muchas veces he hojeado esas libretas sin saber qué tengo en las manos; no sé aún si mi padre quiso decirme algo el día en que me las entregó:

—Llévatelas, a mí no me sirven. Úsalas para tus artículos y tus historias —me dijo y las metió en una bolsa de plástico. Allí iba, en papel y tinta, todo su pasado, la huella de su vida en anotaciones breves, lugares donde se dio cita, nombres, frases sueltas.

Más tarde tomé la agenda del año de 1967 y busqué. En el mes de enero, no recuerdo el día, él apuntó con la tinta roja de las alarmas y una caligrafía nerviosa esta frase: «Ya lo sabe». Aquella noche, mientras mi madre fumaba Casinos y mi padre Pall Mall, ella lo acorraló como

sólo saben hacerlo las mujeres cuando huelen las mentiras de sus hombres. Los archivos de mi cabeza me informaron de esta escena de mi madre llorando:

—No sólo tienes otra mujer. También tienes cinco hijos ajenos. Pasas el día con ellos, los mantienes, los quieres como si fueran tuyos mientras aquí nos falta todo. No te entiendo. Nunca entendí tus locuras, ni los sueños atrabancados que nos llevaron a la barranca.

Mi padre intentó romper el cerco con una andanada de mentiras, cada una más inverosímil que la anterior. Los hombres de la familia siempre hemos sido mentirosos ridículos, sin imaginación. Exaltado hasta los gritos, mi padre le dijo que traía un gran negocio entre manos y que para eso tenía una socia, que por favor no inventara cosas, que no tenía otra mujer, ni otra casa, ni otros hijos que le decían papá. Mi madre remató con pruebas contra ella misma. Se hizo daño, pero iluminó su matrimonio con el fuego de la verdad:

—Mientes tanto que te mientes incluso a ti mismo. ¿Por qué llevas en la bolsa del saco comprobantes del teléfono de otra casa? Para pagarlos. ¿Por qué aparecen cuentas de restaurantes en los que nunca hemos estado? Porque los llevas a comer. ¿Por qué aparecen recibos de la renta de otra casa? Porque los mantienes. Ni siquiera te tomas el trabajo de esconderlos. Querías que lo supiera. Ya lo sé.

Mi padre jugó su última carta:

—Eso terminó hace tiempo. Te juro que se acabó.

—No jures en vano. Crees que mintiendo proteges a los tuyos, pero eres incapaz de proteger a nadie, ni a tus hijos. Nunca me protegiste. Tiraste por la ventana la fortuna de mi madre y ahora tiras el amor en una aventura con una cocinera. Vete a la mierda —remató mi madre.

Mi padre se escondió de esa luz meridiana en la som-

bra del silencio. Su figura se desvaneció detrás de la puerta, vencida por las pruebas contundentes de sus ineptitudes adúlteras. Llevaba en los bolsillos la cartera negra de piel, la agenda, las pastillas de menta y las llaves de un reino ajeno al nuestro. Mi madre encendió un Casino que aspiró a bocanadas. Enero de 1967. Ellos tenían cincuenta años y fuerza para herirse sin compasión en el borde del abismo, como si fueran eternos. Por primera vez supe que los hombres y las mujeres hacen lo contrario de lo que quieren. Vivíamos en un departamento de la colonia Condesa y debíamos tres meses de renta. Yo tenía diez años, asistía a una escuela pública y pasaba el día entero en el Parque España inventando el arte mayor del bote pateado. Como para convencernos de que en casa ocurrirían cosas inauditas, ese mes nevó en el Distrito Federal. En la Ciudad de México había terminado la era de Ernesto P. Uruchurtu, el Regente de Hierro. Cuando pienso en él aparecen en mi memoria zanjas, cascajo, puentes de madera y la voz de mi madre:

—Deberíamos mudarnos a un departamento más barato.

En la casa se hablaba de Uruchurtu como de un gigante invencible. El Regente de Hierro transformó a la ciudad, clausuró la noche mexicana, cerró cientos de cabarés, confinó la prostitución a los límites de la clandestinidad con una extraña obsesión por la decencia y se encargó de instalar el alumbrado moderno de la capital. Sus obras al frente de la regencia de la ciudad provocaban miedo y entusiasmo en mis padres. No sólo en ellos despertaba adhesiones este político autoritario, tres presidentes de México se interesaron en él para administrar la ciudad. Desde 1952 hasta 1966 ocupó el cargo de regente del Distrito Federal. Lo nombró Adolfo Ruiz Cortines, lo ratificó Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz lo

mantuvo durante dos años en su gabinete. En junio de 1967, el sucesor de Uruchurtu, Alfonso Corona del Rosal, accionaba el interruptor de la compresora que puso en movimiento los taladros neumáticos para romper el asfalto de las avenidas Chapultepec y Bucareli. Empezaba la construcción de los dos primeros tramos de la línea de nuestro primer tren subterráneo, el Metro. Más zanjas, más cascajo. La escuela donde cursé la primaria estaba en la Avenida Chapultepec y la devoró el Metro, los coches circulan ahora en donde estaba mi salón de clases y mi pupitre. La ciudad y mi familia habían cambiado para siempre.

Nadie puede transitar por largo tiempo en los límites de la vida. Ese año mi padre se desbarrancó por uno de esos márgenes por los que le apasionaba arrastrar a su existencia. Una pancreatitis lo tendió en una cama de hospital durante dos meses. Por primera vez entraron a la casa dos palabras desconocidas: enfermedad y muerte. Los médicos afirmaron que salvó la vida de milagro. Mucho tiempo después, cuando mi matrimonio naufragaba en una tempestad de insatisfacción, le pregunté a mi madre:

—¿Por qué no te separaste?

—Primero porque no pude, después porque tu padre enfermó y nadie con alma abandona a un enfermo —me respondió recordando los años duros de su vida.

Me respondió y al mismo tiempo puso frente a mí una muestra de lo que es el matrimonio. Años y años de dormir en la misma cama, transformando los viejos amores en un proyecto de administración de empresas. En el caso de mis padres una empresa quebrada, administraban como podían la bancarrota. Yo también sabía lo que era una pareja larga. Conocía de igual forma aquella fórmula de que el matrimonio mata a la pasión a través del tiempo, de la educación de los hijos, del dinero que va y

viene. Un día desperté y me di cuenta que vivía con dos adultos, además de mi esposa, que llevaban su propia vida, sus secretos, sus amores: mis hijos, una practicante de medicina curtida en las madrugadas estudiando enfermedades raras y un joven, más alto que yo, que memoriza poemas con una rapidez que yo nunca tuve ni en mis mejores momentos. ¿Quién escribió que la pasión se somete a los imperativos de la tribu? Lo ven: recuerdo la frase, pero olvido el autor, de un tiempo a esta parte mi memoria patea el orden de mi pasado.

Caminé por Saint Michel recordando marcas de cigarrillos: Baronet, Del Prado, Record, Commander, los puntos cardinales del mapa de mi juventud. En esos años se podían comprar cigarros sueltos en los estanquillos. Mis amigos y yo nos quedamos a vivir en los Del Prado. Sabían a rayos, pero parecían más prestigiosos. Fumábamos como locos y nos mirábamos desconcertados a través de telones grises de humo. Asocio a los Del Prado los nombres de Visconti, Fellini y Bergman, Cortázar, Onetti y Borges y a dos o tres mujeres jóvenes que desaparecieron de nuestra vida sin dejar rastro, como la marca de nuestros cigarros. Estoy seguro que de entre los amigos alguien propuso que fumáramos Vintage. No hacen daño, me dijeron, son de lechuga. No los soportamos, dejamos la lechuga para las ensaladas y volvimos a los Del Prado. Aquello fue la previsión de que tarde o temprano llegaríamos, como mi madre, al mundo suave y sin esperanza de los cigarros *light*. Busqué amigos y enemigos en otros nombres: Fiesta, LM, Lucky Strike, Raleigh, Kent, Dunhill, More. Sí, ya sé que hay que dejar de fumar.

Sin darme cuenta, de pronto me encontré en la rue Des Écoles, frente a la Sorbonne. Nunca viví en París como dictaba la norma de los jóvenes aspirantes a la leyenda literaria. Tuve apenas una estancia con un amigo en

una *chambre* inmunda del Quartier Latin. Otros amigos acopiaron la munición de la aventura y el dinero que yo no tuve y se fueron a vivir a París. Me mandaban cartas con noticias de sus sueños cumplidos mientras yo me moría de envidia, entregado a la pobreza del encierro local. El pesado de Hemingway colaboró como nadie a la mitología de París. Según él, «quien ha tenido la suerte de vivir en ella cuando joven, luego París lo acompaña, vaya a donde vaya, el resto de su vida». Nunca me acompañó París a ninguna parte y admiro algunos de los libros de Hemingway tanto como deploro al bufón en el que se convirtió desde muy joven. Sedentario o viajero, los dos caminos de nuestra juventud. Cualquiera diría que los sedentarios encuentran su lugar sin agobios, pero la verdad es que nunca, ni en mi propia casa, me sentí en casa. Toda esta historia francesa empezó el día en que una mujer rumbo a los sesenta, de baja estatura, de pelo negro tocado por algunas canas, delgada y con la mirada de las revelaciones en los ojos me dijo:

—El que no sabe otro idioma está perdido —era un consejo y una orden de mi madre—: hay clases gratuitas de francés en la Sala Chopin. Mañana empiezas.

Hacemos muchas cosas sin saber nada. Esa nada me mantuvo años en el Instituto Francés de América Latina donde llegué a cursar la locura del primer semestre de la Sorbonne, que consistía en estudiar desde México el sistema educativo de Francia. Más tarde hice la carrera de Letras Francesas en la Universidad Nacional. Luego vino la pelea a muerte con la *civilization française*. Nunca entendí ese pleito, a los treinta años todas las riñas son inexplicables. Así me alejé de la leyenda del *sorbonnard* y me acerqué a la memoria mexicana, cuando decidí cambiarme al mundo sepia de los periódicos viejos y amarillos que se deshacían entre los dedos, a la corriente subterrá-

nea del pasado. Huesos y polvo, a eso me dedico cuando pasan las horas y las páginas de los periódicos viejos. Las hemerotecas son máquinas del tiempo.

En la esquina de la rue de Saint Jacques vi como una aparición del más allá a una mujer conocida: Abby Soho. El más allá fueron mis necesidades nocturnas con una prostituta que era un nocaute de mezclillas deslavadas y camisetas de algodón. Me extorsionó y desapareció para siempre, pero esa estafa es otra historia, en esta trama me partió el rayo del ridículo cuando me acerqué y le pregunté:

—¿Abby Soho?

Una mujer de pelo en llamaradas rubias me miró sin pronunciar palabra. Al final las grandes ciudades serán manicomios descomunales. Busqué mis cigarrillos, pero no estaban en la bolsa de la chaqueta, en cambio encontré el encendedor. Búsqueda encarnizada en todos los bolsillos. Los perdí, le dejé ese recuerdo de nicotina y alquitrán al viejo que buscaba la noticia de su muerte en el periódico. Un sol que partía piedras quemaba las calles con el peso rotundo de 45 grados centígrados.

Cuando abandonamos París me di cuenta de que dejábamos atrás ataúdes y tumbas. Apunté nombres desconocidos tallados en las lápidas para historias que nunca escribí engañado por la idea del escritor Nooteboom de que todos los cementerios son novelas. Ahora no sé qué hacer con esos fantasmas desconocidos. Un mausoleo grande de mármoles antiguos dedicaba palabras vivas a la muerte de Paul Victor Karm; quizás el hombre era un santo. A Jules Lebaudy, en cambio, le cayó todo el peso del olvido expresado en una lápida rota, resquebrajada como su memoria. Para personas como yo, no existe el elixir de la vida sino el límite de la existencia. Karm y Lebaudy desaparecieron para siempre bajo el mármol. Los panteones son memoria petrificada.

Sin saberlo, durante esos días nos concentramos en los cementerios: el Panthéon, las alturas de Montparnasse, la megalomanía estafalaria de Napoleón y sus hermanos en Los Inválidos. En el laberinto de los caminos de Père Lachaise estuve a punto de matar de sed a mi familia mientras buscaba la tumba de Balzac. La encontramos. Frente al discreto obelisco coronado con un busto carcomido por el tiempo pensé en las deudas de Balzac. Los acreedores le provocaban un extraño placer. Se escondía, cambiaba de casa, no le gustaba pagar, lo consideraba una ofensa al orgullo, a la inteligencia. A mi padre tampoco le gustaba pagar, su vida podría contarse a través de las deudas que contrajo. Balzac vivió como un dandy sin un peso en la bolsa y mantenido por mujeres hasta el día en que lo consumió una enfermedad a la que combatieron sin esperanza cuatro médicos durante tres meses. Primero fue el corazón, luego una peritonitis, más tarde una flebitis y por último la gangrena en una pierna. Los médicos habían recurrido a sangrarle el vientre en un último esfuerzo por curarlo, pero al final decidieron renunciar y entregarle a la muerte el cuerpo de cincuenta y un años del novelista mayor de Francia. Unos días antes de esa noche límite, tendido en la cama de muerte, Balzac le ordenó a su hermana, Laure de Surville: «Traigan a Bianchon, él puede curarme». El doctor Horace Bianchon nunca llegó; no encontró la salida de ninguna de las veintinueve novelas balzacianas en las que apareció como una marca de agua. Por esta estricta razón, Horace Bianchon no pudo salvarle la vida a Balzac, su creador.